

## *La guerra del 98 a través de los Artículos de fondo de La Lectura Dominical*

AGUSTÍN MARTÍNEZ DE LAS HERAS  
Universidad Complutense de Madrid

Dada la escasez de estudios sobre la prensa religiosa española y su modo de interpretar la realidad, nos parece interesante analizar la estrategia periodística llevada a cabo por una significativa revista católica —*La Lectura Dominical*—<sup>1</sup>, en relación con un acontecimiento tan importante y trascendente como fue la guerra hispano-norteamericana de 1898. Se trata, por consiguiente, de describir y valorar aquellos contenidos del semanario dedicados preferentemente al conflicto bélico, desde la explosión del *Maine* hasta los Tratados de paz de París (febrero-diciembre de 1898).

En realidad, y como es de suponer en una crisis tan honda y larga, todas las secciones de esta publicación se vieron afectadas, en mayor o menor medida, por el desarrollo de los sucesos. Incluso alguna de ellas, como la «Crónica Semanal» de **Máximo** —sobre la que ya hemos trabajado— se dedicó casi exclusivamente a la narración pormenorizada de los hechos que condujeron al desastre colonial<sup>2</sup>.

Recae ahora nuestra atención en otra de las secciones fijas, segunda en importancia de la revista: la de los «Artículos de Fondo». De los 52 que aparecieron a lo largo de 1898, 22 están dedicados por entero a la guerra o a sus consecuencias, y de éstos, cinco llevan la firma de **Víctor**, cinco también la de **Demetrio**, tres la de **Dionisio**, tres la de **Tulio**, y con un solo artículo tenemos las de **Fernando**, **Luis**, **Gerardo Arenzana**, **Teófilo Nitram**, **Antonio de Padua** y **Gil Blas**. Predominando, como puede verse, un cierto regusto por la utilización de los llamados «nombres de religión». En febrero, octubre y diciembre hay uno por mes, dos en septiembre y noviembre, y tres en abril, mayo, junio, julio y agosto.

<sup>1</sup> *La Lectura Dominical*: Órgano del Apostolado de la Prensa. Madrid, 1894-1936. En 1895 este semanario tiraba más de diez mil ejemplares: Puede que en 1898 los superara.

<sup>2</sup> Tenemos redactado un estudio titulado «La guerra del 98 a través de las *Crónicas de La Lectura Dominical*» para presentar a un Congreso que debe celebrarse en Las Palmas en octubre de 1998. De *Máximo*, que es el interesante autor de esas *Crónicas*, diremos algo más adelante.

La esencia de este interesante género periodístico viene definida en un libro de la época, de Rafael Mainar, para quien *el fondo* es «el artículo, firmado o sin firmar, publicado al principio o en medio del periódico, en que se define, explica o aplica, doctrina pura sobre cualquier asunto, tratándolo doctrinalmente y en forma didáctica»<sup>3</sup>. Luego, es de suponer que, a través de dichos artículos deberíamos obtener no sólo una manifestación plural y detallada del pensamiento de esta publicación, en relación con el tema señalado, sino también un ejemplo de los elementos esenciales que conforman el lenguaje propagandístico y la retórica de la Iglesia católica española en un momento en que la sociedad de masas impone una nueva dialéctica y unas nuevas formas expresivas.

A cien años del evento, nos sorprende encontrar en los textos de *La Lectura Dominical* quejas y ataques contra el espíritu depredador y expansionista de los Estados Unidos, de una gran actualidad. No hay grandes diferencias entre muchos de los epítetos anti-yankees de entonces, y los insultos proferidos por el integrismo islámico o los políticos radicales de ahora. Puede, incluso, que algunas de las reflexiones que se hicieron en 1898 sobre los males inherentes al sistema norteamericano, fueran los primeros hilvanos de un interminable —aunque estereotipado— discurso contra la bravuconería y el abuso de poder del nuevo colonialismo en el mundo contemporáneo. Por ello, la lectura detallada de los artículos de fondo de esta revista, nos va a servir para ahondar en las raíces de un problema conceptual aún vigente y para conocer cuáles fueron las soluciones de urgencia propuestas, casi dramáticamente, por aquel trasnochado doctrinarismo católico que asistía al crepúsculo de su dominación mientras contemplaba impotentemente el triunfo de la sociedad laica y de las instituciones liberales.

Pasemos a ver lo esencial de cada uno de los artículos referidos ordenados cronológicamente por autores.

1) **Víctor.**—Con este pseudónimo se publicaron dos artículos en abril, dos en mayo y uno en noviembre; o sea, casi todos en la fase inicial del conflicto. En cuanto al personaje que se oculta detrás de él, hay algunos datos que parecen conducirnos a su identificación a través de un par de frases aisladas de la revista. La primera de ellas, aparece al principio de una de las citadas «Crónicas» de **Máximo**:

No a humo de pajas publicamos en nuestro último número un artículo invocando a nuestro invicto general *No importa*; porque, tal como veíamos las cosas, nos daba el corazón, y ¡con cuánto dolor, sólo Dios lo sabe!, que muy en breve habría que llamar a gritos al caudillo, insigne de los trances desesperados (8/V/1898, 298).

Esto nos lleva a pensar que el propio **Máximo** es el autor del artículo «El general *No importa*», publicado en el número del 1 de mayo (pp. 283-285) con

<sup>3</sup> Mainar, Rafael: *El Arte del Periodista*, Barcelona, Sucesores de Manuel Soler-Editores, 1906, p. 113.

la firma de **Víctor**. O sea, que ambos serían pseudónimos de Angel Salcedo y Ruiz<sup>4</sup>.

La segunda frase aludida es aún más explícita y ahonda en esta creencia. Aparece en el último de los artículos de **Víctor**, titulado «¿Por qué desalentarnos?»:

¡Cuánta prudencia necesitábamos entonces para escribir nuestras modestas *crónicas semanales*, en que habíamos de decir lo que sentíamos respecto de lo equivocada que iba la opinión! (...) (20/XI/1898, 747).

«Crónicas Semanales» que, como ya hemos adelantado, iban todas ellas firmadas por **Máximo**. Lo cual, parece demostrar la coincidencia de ambas identidades, entremezcladas en los textos más por capricho o complicidad que por ligereza o *lapsus linguae* de su creador.

Una última nota. La primera obra que publicó Angel Salcedo fue una novela titulada, precisamente, «**Víctor**»<sup>5</sup>.

Contra estas evidencias sólo podemos oponer la impresión de que el estilo, pero sobre todo, el tono, la actitud y el talante de ambos firmantes, son distintos. En **Víctor** no se aprecia la mesura y comedimiento de **Máximo**; aunque también hay que considerar que se trata de dos secciones diferenciadas y, además, que el hecho de variar de sobrenombre suele comportar un cierto cambio de personalidad.

En su conjunto, los artículos de **Víctor** nos revelan un pensamiento integrista desbordado por las circunstancias. En el primero de ellos, titulado «La Guerra» (10/IV/1898, 235-236), su autor se lamenta amargamente con datos históricos del pago que los Estados Unidos han dado a la tradicional generosidad de España para con ellos, «beneficios —dice— que aquel innoble pueblo de mercaderes es incapaz de apreciar, y de agradecer mucho menos» (p. 235). Y, más adelante, ya en el terreno del conflicto, agrega:

Pero ¡ah! no cuenta con una cosa: no cuenta con que España, aunque pobre y debilitada, es un pueblo que tiene lo que el pueblo norteamericano jamás tendrá; vergüenza nacional y sentimiento del honor (p. 236).

Por esta razón, en caso de guerra, augura una empresa «dificilísima» y «muy dudosa» para los americanos, y le parece «inconcebible» que ellos no lo vean así: «Parece ser esta ceguera de las que la Providencia dispone a los que

---

<sup>4</sup> Nació en Cádiz en 1859 y murió en Madrid en 1921. De ideología integrista pero de talante bonachón y liberal, perteneció al cuerpo jurídico militar, fue diputado, académico de la de Ciencias Morales y Políticas, Auditor General y, sobre todo, un buen periodista y propagandista católico. Asimismo, publicó numerosas obras de diversa índole e intencionalidad.

<sup>5</sup> Salcedo Ruiz, Angel: *Víctor* —Novela Madrileña—, Madrid, Estab. Tipog. de Felipe Pinto, 1887, 360 págs.

quiere perder», comenta. Mientras que para los españoles todo se vuelve esperanza al tratarse de una guerra «justa» («y el que tiene de su parte a la justicia, tiene de su parte a Dios»), «prudente» («digna de un pueblo cristiano, y por ende pacífico, que sólo saca la espada cuando no hay otro remedio humano») y «católica» («España, como en los más hermosos días de su historia, tiene su causa unida a la causa del Pontificado y de la Religión»). Y sentencia:

Guerra que es justa; que es prudente; que es católica y para la que nos preparamos recibiendo el sagrado cuerpo y sangre de Jesús, no puede ser, no, para España una guerra desastrosa. Venceremos o nos derrotarán; pero de la victoria o de la derrota hemos de salir regenerados. No lo dudéis: los Estados Unidos perderán aunque triunfen; nosotros ganaremos aunque nos derroten (p. 236).

En el número siguiente del semanario, **Víctor**, haciéndose eco de rumores que hablaban de una posible mediación del Vaticano en el conflicto, pretende demostrar la importancia histórica de la intervención de los Papas en los choques internacionales desde la Edad Media, imponiendo la denominada «tregua de Dios» y creando el «Derecho público» y el concepto de «guerra justa»<sup>6</sup>. Pero la «herejía protestante», primero, y la «funestísima paz de Westfalia», después, secularizaron las relaciones entre los pueblos, produciendo una especie de «paganismo aplicado a la vida internacional»; lo cual condujo al recurso de la fuerza como única fuente de justicia. Ejemplo de ello era la actitud provocadora de los Estados Unidos. Pero si, por el contrario, se admitiera en esta ocasión la intervención de León XIII, «España tendría la seguridad de que el Papa no había de proponerle nada contrario a su decoro y dignidad (...) y resolvería la cuestión, no atendiendo a quien tiene más fuerza, sino a quien tiene la razón y el derecho» (p. 254). Aunque reconoce que tal posibilidad negociadora debe descartarse por el momento.

El 1 de mayo apareció con el título mencionado de «El general *No importa*» (pp. 283-285) el tercero de los artículos seleccionados. Se trata de una larga disertación sobre esa mezcla de coraje indómito y arrogancia que el autor juzga que ha sido tradicional en el carácter español y que ha creado la legendaria expresión *No importa*, con la que se da a entender que no hay obstáculos insalvables ni empresas imposibles. Frente a esta actitud, **Víctor** denuncia un pesimismo y desmoralización de nuevo cuño que responde con un *qué se me da a mí*, «hijo del egoísmo y de la frivolidad», a las demandas de la patria. Las causas de esa «indiferencia patriótica» son variadas «y todas malísimas», al decir de nuestro autor, el cual se refiere a la «incredulidad religiosa», a los «desengaños engendrados por las estériles discordias políticas», a la «ignorancia» y al «epicureísmo»; y añade: «el hombre vicioso y corrompido no es cristiano, ni patriota, ni puede ser buen español, porque nada grande y hermoso puede florecer en conciencias llenas de fango» (p. 284).

<sup>6</sup> «De derecho internacional», 17/IV/1898, 252 y 254.

Tras esta reflexión sobre la decadencia moral española, y bajo la impresión de los reveses iniciales de la guerra, **Víctor** publica el artículo titulado «Civilización y progreso modernos» (29/V/1898, 347, 348 y 350). En él lanza un ataque frontal a los norteamericanos por haber conculcado el Derecho de gentes empleando todo tipo de artes proscritas entre naciones civilizadas aún antes de declararse formalmente rotas las hostilidades. Esta «barbarie» es propia de la civilización y el progreso «modernos», a los que califica de «ateos y materialistas». Mientras que

Si nosotros los españoles no nos portamos como ellos, es porque aquí, a pesar de tantos esfuerzos como han hecho el infierno y los hombres perversos para meternos de rondón en esas sendas por donde caminan los Estados Unidos, queda todavía vigoroso y potente, aunque combatido, el espíritu de la civilización cristiana, esto es, de la verdadera y única civilización que dignifica al hombre y ennoblece a las sociedades (p. 350).

La ingenuidad y candidez argumental de **Víctor** —puede que como consecuencia de los primeros reveses navales— no volvió a tocar estas cuestiones hasta pasados casi seis meses, cuando el «desastre» era ya un hecho. El 20 de noviembre publicó el último de sus artículos del año, titulado «¿Por qué desalentarnos?» (pp.747-749), que, como es de suponer, se basaba en la crisis originada tras la pérdida colonial. En él se describe la actitud social generada por la pérdida de confianza y la desorientación de un pueblo que piensa: «ha concluido nuestra historia; nuestro destino se ha consumado», dedicándose a «vegetar» «hasta que otra nación más activa, más inteligente, más instruída y que sepa administrar mejor, tenga la bondad y nos haga el favor de conquistarnos» (p. 748). Frente a este catastrofismo instintivo, **Víctor** recurre una vez más a las enseñanzas de la Historia para hablar de la caída y resurrección de los imperios y, sobre todo, para mostrar la mano de Dios en todos y cada uno de los avatares humanos. Según ésto, España ha recibido «justo castigo» por sus graves faltas; aunque ese «castigo divino» no tiene porque ser eterno, ya que con el «arrepentimiento» llegaría la «gracia del perdón». Y hace la siguiente proposición: «Volvámonos a Dios de todo corazón, pongámonos en sus manos, ofrezcámosle nuestras propias tribulaciones, y trabajemos, trabajemos mucho por merecer el perdón divino (...), ¡y no lo dudemos!, España se regenerará» (p. 749).

2) **Demetrio**.— La distribución de los cinco artículos de este autor es algo más equilibrada que la del anterior, ya que salieron uno en mayo, julio y octubre, y dos en agosto. Con lo cual, su labor se sitúa en el centro del conflicto y complementa la realizada por **Víctor**. Por otro lado, nada sabemos del nombre real al que pertenece este posible pseudónimo, aunque algo en su estilo y en su retórica nos dicen que debía ser eclesiástico. Y, evidentemente, reúne los ingredientes ideológicos básicos que componen la línea editorial de esta revista; acentuando, incluso, los rasgos integristas y antiliberales del anterior.

El 8 de mayo publicó el primero de sus artículos sobre la cuestión hispano-norteamericana, titulado «Lo que no muere» (pp. 299-300). Los argumentos ante la inminencia del conflicto nos son ya conocidos: «nuestra queridísima España, puesta en amargo trance por las culpas de gobernantes ineptos y por mal de nuestros pecados» (p. 299). En él se habla de la pérdida del «carácter nacional», de la «pasividad de los buenos», de los «insolentes yankees», de la «injusta guerra», de «desastres», de «angustia», etc.; y también de «esperanza» y de «fe», ya que «el Corazón de Jesús reinará en España (...) pese a los rugidos del infierno y a los bramidos de Satanás» (pp. 299-300). Confía, pues, en un milagro, en un resurgir en el que se muestre «el dedo de Dios» y la «huella» de «la Virgen Inmaculada», y finaliza con estas alentadoras palabras:

¡Al Corazón de Jesús, amados lectores! En El están nuestra esperanza y nuestro refugio. Pidámosle que vele por su reino, porque si esto logramos y El nos guía, el lábaro de su cruz nos conducirá a victorias permanentes, y guardará la vida de esta patria tan infeliz como amada (p. 300).

El el número del 17 de julio vuelve a hacer su aparición el tono paternal y providencialista de **Demetrio**<sup>7</sup>. Tras consumarse el desastre se inicia una campaña de acoso contra la denominada prensa «de gran circulación», a la que se quiere responsabilizar de los acontecimientos. En tono despectivo menciona al «periodista ramplón», a los «periódicos políticos», a las «publicaciones rotativas», e incluso dice que «hay periódicos que no vacilan en hacer la apoteosis del suicidio», y que «los entendimientos de las muchedumbres» han sido «extraviados por la perversión del sentido moral en que son maestros los periódicos liberales» (p. 460). Por último, relata la actitud del «valerosísimo comandante del crucero Vizcaya, Sr. Eulate», quien en el combate naval de Santiago de Cuba, «casi desangrándose (...), y en la absoluta necesidad de rendirse, antes de entregarla al vencedor, besó religiosamente la cruz de su espada, dando evidentes y laudabilísimas muestras de conformarse con la voluntad de Dios» (p. 460).

El tercer artículo, titulado «Lo más urgente» (pp. 523-524), data del 14 de agosto. Tras la derrota se impone salvar a la patria y preparar el futuro. En este sentido circulan diversas soluciones que son examinadas y criticadas por el autor, para quien tan disparate es buscar una compensación en Africa a la pérdida colonial, como traer al poder a los viejos revolucionarios del Sexenio, o como continuar con la política que había conducido a ese estado de cosas. Para reconstruir España, «hay también que restablecer las leyes y fundamentos verdaderamente cristianos y españoles (...). Y como la primera de aquellas leyes y el más sólido de aquellos fundamentos eran la ley de Dios y el principio de la unidad católica llevada a los códigos, a los reglamentos y a las costumbres, con todas sus consecuencias, resulta que mientras esa divina ley y ese santo y sal-

<sup>7</sup> «La mejor victoria», pp. 459-460.

vador principio no se restablezcan, todo cuanto discurra e invente para curar los males que hoy sufrimos será completamente estéril, y, andando el tiempo, contraproducente» (p. 524).

Dos semanas después, este tipo de discurso se mantiene casi con las mismas razones<sup>8</sup>. Continúan los ataques a los «periódicos políticos» y a los partidos liberales que «han ido sembrando de ruinas esta patria desventurada» (p. 555), y que en su deseo de mantenerse a toda costa «han acudido al procedimiento de cambiar de nombre para ocultar su anterior descrédito y seguir explotando la viña del poder y los productos del presupuesto» (p. 556). Es por ello por lo que, ante el término «hombres nuevos» que circulaba entonces como germen de una formación política en ciernes, Demetrio indica que el remedio no son los partidos nuevos «sino la desaparición de todos los que hoy existen y a cuyo cargo corre la culpa del aniquilamiento en que como nación nos encontramos». Y como, según él, los partidos son un elemento de «discordia y desunión», propone lo siguiente:

Lo que hace falta, lo que urge, lo que exige nuestro acabamiento presente y el anhelo de una necesaria restauración, es trabajar para que la política deje de ser un oficio (...) hay que conseguir que España vuelva a ser lo que era antes de que esos partidos y sistemas la aniquilaran. Esto es: Católica a machamartillo (p. 556).

El 23 de octubre salió el último de sus artículos con el título de «Increíble» (pp. 683-684). La línea integrista, antidemócrata y timorata se mantiene, y más que hablar del «desastre» en sí, prefiere ahondar en sus causas y consecuencias. En esta ocasión, y basándose en una información de «un periódico» —que vela y manipula a su antojo—, se dedica a denunciar la «inmoralidad» y el «desenfreno» reinantes en la sociedad. Comenta la noticia de que un gobernador civil (liberal, desde luego) «ha dispuesto (...) autorizar, como industria sujeta a tributo, el horrendo pecado que produjo la destrucción por el fuego de las ciudades de la Pentápolis» (p. 684). Y a pesar de que hace constar que tal información «por fortuna para todos desmientese a última hora con gran autoridad», ello no obsta para que estime que, de ser cierta, «entonces tendrían explicación fácil y natural los desastres hasta ahora incomprensibles que han llovido sobre nuestro ejército y nuestra marina en la infausta guerra con los Estados Unidos (...) Porque todas esas desdichas (...) no serían otra cosa que insuficientes castigos de un pasado abominable y horrendo que, según enseña la Historia Sagrada, sólo se purga con el fuego» (p. 684). Recordando, así, el peso de la justicia divina y, sobre todo, el alcance de la «cólera del cielo».

3) **Dionisio**.— En esta ocasión tampoco hemos identificado a este autor, que fue colaborador asiduo de la revista y sustituto de **Máximo** —tras su

<sup>8</sup> «Recurso gastado» (28/VIII/1898, 555-556).

muerte, en 1921— como cronista semanal. Sospechamos que también puede tratarse de un religioso.

Sus tres artículos aparecieron muy dispersos a lo largo de 1898 (abril, julio y noviembre), cada uno de ellos en una fase distinta del conflicto y, por lo tanto, con ciertos matices diferenciadores. El primero, titulado «¡Sursum Corda!» (24/IV/1898, 267-268), se publica tras conocerse los datos de la voladura del *Maine*, cuando la guerra parece inminente, y contiene una serie de insultos viscerales contra los norteamericanos y todo lo que representan. Se refiere al «insolente advenedizo», al «mercachifle sin conciencia» que «pretende hoy medir sus armas con la nación de gloriosas y heroicas tradiciones, de nobilísimo abolengo, de hidalguía legendaria (...) atenta sólo a vencer o a morir, y nunca dispuesta a vivir con vilipendio» (pp. 267-268). Se culpa a las «perniciosas doctrinas del condenado liberalismo» de ser las causantes de la división y de la decadencia en que vive España. No obstante, los «tocineros yankees», el «pueblo hereje» habría de saber «cómo pelean y mueren los caballeros cristianos» que cuentan con el apoyo del «brazo del Omnipotente». Y en tono arrebatado, acaba:

¡Arriba, pues, los corazones! A luchar por Dios y por la patria, con la fe y el entusiasmo con que lucharon nuestros padres: que si el Señor de los ejércitos está con nosotros, ya podemos reimos de todas las dificultades y peligros que envuelve la aventura en que nos han metido los llamados príncipes del tocino (p. 268).

En el ecuador del conflicto sale «El mal y el bien» (3/VII/1898, 428-429), segundo de los trabajos de **Dionisio**. En esta ocasión el objetivo primordial es la sociedad española y la crisis que padece. Se habla de «rebajamiento de los caracteres», del «aniquilamiento de las antiguas energías», de «anemia moral» y de que «se va perdiendo toda idea de dignidad y de decoro». Se atacan las diversiones públicas en que se refugia el pueblo y se pregunta cuáles son las causas y los remedios de «tan gravísimo como bochornoso mal». La respuesta tiene un claro perfil moralista:

Las causas de ese rebajamiento de caracteres que para desdicha de nuestra patria se advierte en una gran parte de sus habitantes, nacen en primer término de la indiferencia religiosa y del influjo que las doctrinas materialistas del siglo ejercen en la sociedad y en la familia. Y como consecuencia de ambas causas, la espantosa inmoralidad pública y administrativa, capaz de arruinar y envilecer a los más poderosos imperios (p. 428).

Por último, pasados cuatro meses, se publica «El dilema» (13/XI/1898, 732), tercer y último de sus artículos. Está basado en la actitud que tomarán las grandes potencias ante la derrota española en Filipinas, «para impedir que la rapacidad de los yanquis, que abusan de la victoria como unos salvajes civilizados a la moderna, haga presa en aquel archipiélago». Aunque reconoce, que la

aplicación de la «teoría darwiniana» a las relaciones internacionales —en frase de lord Salisbury, «que el pez grande se come al chico»— es la norma que rige en la «civilización moderna» y que, por lo tanto, nada debe esperarse favorable a España. Y en cuanto a la situación política nacional se refiere, no queda más remedio que volver «a Dios el corazón y los ojos» y «emprender otra vez la obra de la reconquista de España, hoy en poder de enemigos peores que los mismos sarracenos, que al fin y al cabo, aunque erróneas, tenían creencias, mientras que los partidos políticos que ahora sojuzgan a nuestra patria no creen en nada» (p. 732).

4) **Tulio**.— Con este pseudónimo firmaba Leandro Angel Herrero, director, redactor y colaborador de diversas publicaciones católicas, a quien muy probablemente pertenece, aunque en ninguna de las fuentes consultadas se le asocie a *La Lectura Dominical*<sup>9</sup>. De él también hemos seleccionado tres artículos, correspondiente uno al mes de junio y los otros dos al de septiembre. El primero, que se titula «Polvos y lodos» (5/VI/1898, 364-365), contiene un largo y sentido lamento, una profunda queja por la crisis que vive España, por una situación que define de «angustiosa, miserable y tristísima», y que le lleva a hablar de «la pobre patria, empobrecida, miserable, exhausta, desangrada y desfallecida» (p. 364). Pero lo peor es que «no se vislumbra remedio alguno a tanta desdicha»; lo cual conduce a la «más desesperada ansiedad». Como es de prever responsabiliza de ello al «progreso moderno», causante de «la infelicidad moral y material más espantosa», y exime de toda culpa al azar, al destino o a la fatalidad, «que son ciegos, que son nada». Y añade: «La Historia tiene su ley, ley sabia, justa e infalible que rige, gobierna y dirige a su fin a los pueblos y naciones, sin menoscabar la libertad individual» (p. 364). Aunque el verdadero motivo de todos los males sea «el olvido y desprecio voluntario, sistemático y criminal de Dios y de su santa Ley» (p. 364). En relación con las guerras coloniales, cifra sus orígenes en «el descontento y malestar general que nació en las colonias de las inmoralidades, vejaciones y mala administración de tantos hombres injustos y venales (...) del desprecio de la Ley de Dios, del desprecio de Dios mismo» (p. 365). La solución, por tanto, no puede ser más sencilla ni eficaz:

Devuélvanse en Filipinas a las Órdenes religiosas, verdaderas educadoras y moralizadoras de aquella colonia, su acción y su prestigio. Informe en Cuba y en España la Ley de Dios (los Mandamientos) las leyes humanas y su aplicación; busquemos, en suma, lo primero, «el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se nos dará por añadidura» (p. 365).

<sup>9</sup> Cfr. Ossorio y Bernard, Manuel: *Ensayo de un catálogo de Periodistas Españoles del siglo XIX*, Madrid, Imp. y Lit. de J. Palacios, 1903-1904, p. 200 (no recoge el pseudónimo de **Tulio**, pero sí otro nuevo: **Luis Fidancia**); López de Zuazo Algar, Antonio: *Catálogo de Periodistas Españoles del siglo XX*, Madrid, 1980-1981, pp. 281 y 618 (asocia a **Tulio** con su labor en *El Correo Español*, en 1903); y Gómez Aparicio, Pedro: *Historia del Periodismo Español* (de la Revolución de Septiembre al desastre colonial), Madrid, Editora Nacional, 1971, pp. 77, 329, 330 y 764.

Tras tres meses de silencio, y consumado el desastre, **Tulio** escribe «O el gas alumbrá...» (4/IX/1898, 571-573). Los dardos ahora van dirigidos contra un revuelto mundo político en vísperas de reunión de Cortes. Utiliza expresiones como «pandero gubernamental», «turrón ministerial», «comer del presupuesto» o «vivir a costa del país», para zaherir a un sistema al que responsabiliza de todos los males que aquejan a la sociedad, y al que define como «conjunto de las libertades de perdición que arruinan moral y materialmente a España» (p. 572). Por ello, finaliza el artículo haciendo suya esta significativa cita de Donoso Cortés: «o hay quien de al traste con el sistema (el liberalismo y el parlamentarismo), o el sistema dará al traste con la nación española» (p. 573).

Poco después, el 18 de septiembre, se publica «El parto de los montes» (pp. 603-605), que viene a ser la segunda parte del anterior. Con un acento más radical si cabe, **Tulio** continúa su denuncia de la sociedad liberal, a la que contraponen con nostalgia un pasado glorioso. «¿En dónde está —se pregunta— aquella España en cuyos dominios no se ponía el sol? ¿En dónde están aquellos invencibles guerreros que al grito de *Religión y patria* peleaban con indomable valor, lleno el pecho de fe y entusiasmo» (p. 604). Y constata con resignación y pesimismo que «De tanta grandeza no queda ya más que el recuerdo». Sin argumento alguno, como corresponde a un texto eminentemente visceral y dogmático, vuelve a arremeter contra el sistema representativo del que dice que «es en esta vida, a semejanza del infierno en la otra, el conjunto de todos los males, sin mezcla de bien alguno». Por lo que, en tono apocalíptico y con términos muy gráficos, invita a sus lectores a adherirse a una solución drástica, definitiva:

Caiga, pues, el sistema. El árbol malo no puede producir más que frutos malos: Arránquese, pues, de la política *el árbol malo del sistema* esto es, el árbol maldito del liberalismo, y arránquese de cuajo, de raíz, para que no vuelva a retoñar; hagámosle astillas (...), plantando en su lugar el árbol de una política franca y sinceramente cristiana, única que puede producir en las naciones frutos de paz y cultura, prosperidad y vida (p. 605).

5) **Fernando**.— Cronológicamente es el primero de los colaboradores que hemos seleccionado con un solo artículo. De hecho el suyo se anticipó con mucho a los del resto y utilizó un título tan expresivo como «La Guerra» (27/II/1898, 131-132), el mismo que mes y medio después empleó **Víctor** en su primer trabajo.

Nada sabemos de su firmante, pues aunque el «Catálogo» de López de Zuazo incluye un *Fernando*, su nacimiento en 1880 —junto con algún otro dato— nos obliga prácticamente a desestimarlos<sup>10</sup>.

El artículo en cuestión es mesurado y coherente, con un fondo muy paternal y bondadoso, sin insidias, aunque impregnado lógicamente de postulados

<sup>10</sup> Según este autor, **Fernando** fue pseudónimo de Enrique Mullor de Quesada y Fenech (1880-1946), periodista cubano y redactor de diversas publicaciones españolas. Utilizó también los sobrenombres de **Capitán Tormenta** y **Duprat**. V. López de Zuazo, op. cit., pp. 194 y 405.

católicos. Su inicio es diáfano y directo: «Todas las noticias que se reciben de América parece que convienen en la probabilidad, cada vez más inminente, de una guerra entre España y los Estados Unidos» (p. 131). Luego hace una reflexión sobre la gravedad material y moral que encierra toda guerra, desde una óptica bíblica («Azote de Dios es la guerra, castigo hereditario que sufre la humanidad por su culpa originaria»); aunque también la religión enseña que «hay que ir a ella en ocasiones con resolución, y sin contar el número de enemigos ni las probabilidades de triunfo» (p. 132); y añade: «Ningún cristiano puede desear la guerra, sino aceptarla como un mal necesario cuando sea indispensable». Valora el concepto de guerra «justa» y acata también como ciudadano el deber de «obedecer y coadyuvar con todas nuestras fuerzas al triunfo de las armas de la patria». Y finaliza con el siguiente resumen de consejos:

No deseemos la guerra; pidamos a Dios que aparte de nuestras cabezas, y de las cabezas de todos los hombres, ese azote terrible. Pero si la guerra es inevitable, si el honor de la patria lo exige, si la decretan nuestros supremos magistrados, preparémonos para ella como cristianos y como españoles, esto es, con dolor y con fortaleza, gravemente, con la seriedad del convencido de que es un espantoso mal, pero un mal que hay que arrostrar en ocasiones (p. 132).

6) **Luis**.— Pseudónimo igualmente enigmático que publica su artículo el 12 de junio. Se titula «Política nacional» (pp. 379-380) y, paradójicamente, está centrado en los aspectos internacionales del conflicto. De nuevo nos encontramos con descalificaciones a las potencias europeas por consentir la agresión norteamericana: Inglaterra, porque es aliada natural de los Estados Unidos; Alemania, porque protege sus intereses económicos; Austria, porque no quiere inmiscuirse; y Francia, por «razones de unión y amistad con los yanquis» (p. 380). Y comenta: «Así está hoy España, abandonada de todos los pueblos o por todos ellos zaherida y maltratada». Luego, se impone «una política especial de defensa (...) la única que puede salvarla y volverla a los días de su prosperidad y grandeza. Esta política es la política nacional, y se reduce a esta fórmula: *Todo por España y para España. Nada por el extranjero ni para el extranjero*» (p. 380). Y al hilo de esta idea autárquica, propone soluciones drásticas basadas en el boicot económico:

¡Guerra a lo extranjero! ¡Afuera las máquinas, los muebles, las telas, los vestidos fabricados en extraña tierra (...) No debemos consentir que el dinero de España salga de España. Sólo lo absolutamente preciso debe comprarse en el extranjero (p. 380).

7) **Gerardo Arenzana, Presbítero**.— Se trata ahora del nombre, posiblemente auténtico, de un sacerdote del que tampoco hemos obtenido dato alguno. Su insulso artículo —«¿Caridad y patriotismo?... ¡qué sarcasmo!»— apareció

en el número del 26 de junio (p. 412) y tiene una intencionalidad claramente moralizadora, un tono decididamente reprobador y un estilo regañón.

Parte de que España está «enferma grave de liberalismo» y se pregunta si «¿Será que Dios en justo castigo de su ingratitud, la quiere perder?». Habla de «guerra», de «hambre», de «patriotismo», de «caridad», etc., en un sentido exclusivamente religioso, y arremete luego contra los espectáculos públicos (corridos de toros, bailes, teatros). «¡Qué sarcasmo! —dice—: ¡la risa, el despilfarro, el lujo y la voluptuosidad sirviendo de padrinos al llanto, a la sangre, a la muerte, al incendio, a los harapos y a las privaciones». Y acaba, con una interrogación que nos resulta ya muy conocida:

¿No hemos dicho, y volvemos a repetirlo, porque es la verdad, que la guerra y el hambre son ordinariamente castigo de Dios por nuestros pecados? (p. 412).

8) **Teófilo Nitram**.— Con este pseudónimo solía firmar Martín Scheroff y Aví<sup>11</sup>, escritor católico y colaborador habitual de esta revista. El 10 de julio publica su «Religión y Patria» (pp. 445-446) bajo la impresión cercana de la derrota de la escuadra española. La lección que saca de este hecho es sencilla: «Los grandes desastres nacionales son, juntamente, castigo, misericordia y... advertencia» (p. 445). Tras una referencia a las glorias patrias de la Reconquista («Esa es España», dice), en donde se habla de «una horda de bárbaros relativamente civilizados como los yanquis», en alusión a los árabes, pasa a dirigir su queja contra las potencias extranjeras, cuya neutralidad desmiente, y llega a esta conclusión: «No nos hagamos ilusiones: estamos solos, enteramente solos». Por lo cual, no queda más remedio que la unión «en un solo sentimiento» de todos los españoles, «para defender la Religión y la Patria, hasta morir o triunfar (...) Vayamos a lo que sea, a lo que Dios quiera, solos; que acompañados iríamos peor de seguro (...) Unámonos así, y sólo de ese modo la España de hoy volverá a ser la España de Covadonga, de las Navas y del Dos de Mayo» (p. 446).

9) **Antonio de Padua**.— Ignoramos quién es este autor cuya firma salió el 21 de agosto debajo del artículo «Después de la derrota» (pp. 540-542). En él se alude reiteradamente al «desastre» y se describen los efectos que ha producido en la sociedad española: «el país, el verdadero país, está (¿por qué no decirlo francamente?) en una situación moral de atonía y escepticismo tales, que lo mismo le importa que se conserven o que se pierdan las colonias, que nuestro ejército triunfe o sea derrotado, que España figure a la cabeza o a los pies de las naciones» (p. 540). Lo más preocupante, a su entender, es la acentuación de los egoísmos, ya «que cada uno gime, se lamenta y procura por su interés, sin im-

<sup>11</sup> Este dato lo hemos encontrado a finales de 1898 en la propia revista. Los autores citados no mencionan esos nombres. En el *Espasa* (vol. 38, p. 809) consta sólo el de Teófilo Nitram.

portársele un ardite del interés de los demás». Todo ello no hubiera pasado «si España hubiese opuesto al ideal protestante, liberal y mercantil de los Estados Unidos su gran ideal histórico del Catolicismo» (p. 541); y añade: «Pero España no ha opuesto ese ideal de su raza y de su patria al ideal de sus enemigos; porque ¡ay! ya no lo siente ella misma. Y como no lo siente, es un pueblo sin idea, sin estímulo superior al de sus intereses, o, lo que es igual, sin verdadero patriotismo» (p. 542). El último párrafo sintetiza, con un discurso previsible y reiterativo, el cambio de actitud —y de política— en que el autor confía para superar «la atonía y el escepticismo», que son, dice, «síntomas premonitorios» de una «catástrofe final»:

procuremos que España vuelva a ser católica en todo su ser nacional y político, dando de mano a los sistemas liberales, de caciquismo y de inmoralidad pública y privada que nos han arruinado y deshonrado ante el mundo, aunque no sea más que para que vuelva a ser España (p. 542).

10) **Gil Blas**.—El último de los artículos de fondo que vamos a comentar lleva este pseudónimo, del que podemos decir muy poco. Fue uno de los muchos que utilizó Juan Gualberto López-Valdemoro y de Quesada, conde de las Navas, en su larga carrera periodística; aunque Ossorio no lo relaciona con esta revista<sup>12</sup>.

Su colaboración, titulada «Sin solución», está fechada el 18 de diciembre (pp. 811-813). Como es natural recurre a los mismos tópicos y toca los mismos temas que sus antecesores. En esta ocasión, vuelven a citarse los periódicos «de gran circulación», como *El Imparcial* o *El Liberal*, por sus actitudes y contradicciones antes y después de la derrota. Ahora piden «la supresión del orden actual de cosas» y su sustitución «por otro radicalmente distinto» (p. 812); cosa con la que está de acuerdo, pero matizando: «Una política radicalmente opuesta a la imperante, o sea a la política liberal, no puede ser otra que una política franca y abiertamente católica». Y finaliza, con los mismos conceptos y hasta casi con las mismas palabras de otros de los autores que hemos visto:

No hay que darle más vueltas: mientras el sistema, llámese de este o del otro modo, y presídalo Juan o Pedro, no esté inspirado y fundado en los grandes principios del Cristianismo, y nuestros gobernantes no cuiden de aplicar y llevar esos principios a todos los órdenes en la vida práctica, esto es, mientras *el sistema* no sea cristiano en la teoría y en la práctica, el problema seguirá, como sigue, sin solución (p. 813).

## CONCLUSIONES

Tras el repaso de todos los artículos, veamos en síntesis cuáles han sido los principales aspectos que conviene resaltar. Desde una perspectiva meramente

<sup>12</sup> Ossorio y Bernard, op. cit., p. 236.

*formal*, hay que considerar el carácter doctrinal y pedagógico propios del género manejado, por un lado, y la propia condición propagandística de la revista, por otro. Así, podemos hablar de discursos sencillos, dogmáticos, reiterativos, moralizadores, etc., que se tiñen, en este caso, de ofuscación y visceralidad, adoptando cierto tono regañón, reprobador, e incluso, amenazante. En realidad se trata de una amalgama de estilos basados en el modelo didáctico clásico que tiene más de sermón de púlpito o de plática a la vieja usanza, que de mensaje intelectual moderno y reflexivo; lo cual acentúa, obviamente, su eficacia propagandística y su misión de contagio. También hay que tener en cuenta que, aunque la audiencia inmediata a la que van dirigidos los mensajes es reducida y se limita casi por entero a fieles suscriptores, entregados a la causa y convencidos de antemano, el hecho de que supuestamente la mayoría de ellos pertenezca al estamento eclesiástico, con todo lo que eso supone, le confiere al contenido un alcance y una influencia extraordinarios. Por contra, debemos añadir que la fuerza intelectual de cualquier institución —más si es confesional— proviene en gran parte de la argumentación de los principios e ideas difundidos, sobre todo, a través de sus publicaciones más cercanas y representativas; y que en el duro debate conceptual originado en la España de la Restauración era necesario, no sólo lanzar anatemas apocalípticos y palabras manidas, sino, mediante rigor y coherencia y con otro lenguaje y actitud, convencer a la sociedad de que el pensamiento católico se había renovado y tenía soluciones apropiadas y posibles para ayudar a resolver, dentro del sistema, los graves problemas planteados. Pero eso, a juzgar por los intolerantes textos encontrados, era imposible.

Desde el punto de vista *temático* y del mensaje ideológico de los contenidos, caben señalarse los siguientes aspectos globales:

1.º) Inicialmente se manifiesta un abierto desprecio hacia todo lo que provenga de los Estados Unidos a través de insultos e imágenes despectivas. Se hace hincapié en que la actitud norteamericana proviene de su condición de país «moderno» —o sea, «ateo», «materialista», «salvaje», «masón», etc.— no sujeto a más lealtad ni razón que los de sus intereses y ambiciones particulares (¡Como si alguna vez hubiera sido de otra manera!). A pesar de su enorme poder, se resalta con candor que en caso de guerra el enemigo sufriría grandes daños, aunque venciera. Luego, tras la vertiginosa y aplastante derrota, las referencias a ese país pasan a otro plano, las descalificaciones disminuyen significativamente y se observa una actitud más cauta y respetuosa, mezcla de debilidad, temor y rencor. Los americanos son tachados de insaciables por sus apetencias imperialistas y por sus intransigencias en los Acuerdos de París; incluso se rumorea que en caso de necesidad podrían atacar islas y costas de la Península.

2.º) También en los inicios del conflicto sale a relucir la mediación papal; lo cual permite a la revista reflexionar sobre el papel arbitral que el Sumo Pontífice tuvo históricamente hasta el siglo XIX, en que las grandes potencias

habían impuesto una nueva lógica en las relaciones internacionales. La intervención de León XIII, propuesta por la propia reina, hubiera sido beneficiosa para la vieja España católica en su «guerra justa», pero fuerzas «ocultas» y la propia debilidad vaticana lo impidieron.

3.º) Es, precisamente, la actitud internacional otro de los temas preferentes de esta publicación. La conclusión es que el egoísmo y el temor rigen el nuevo orden mundial, y que nadie quiere inmiscuirse en un conflicto contra Estados Unidos y su incondicional aliada Inglaterra. Ello lleva a los articulistas a decir que España está sola, que debe contar únicamente con sus propias fuerzas y que conviene declarar la guerra a todo lo extranjero, volviendo la mirada a los tiempos gloriosos de nuestros antepasados.

4.º) Quizás el asunto más tratado sea el del origen de esa situación. Desde el principio se argumenta que esta guerra es un castigo de Dios impuesto por nuestros pecados; o sea, por haberle olvidado y despreciado. En el plano histórico subsiguiente se hace constar que la pérdida de la hegemonía española está íntimamente ligada a su decadencia espiritual, moral y religiosa. Lo cual, determina que ha sido la voluntad de Dios, la «justicia divina», la que ha enviado esta crisis («cólera de Dios»). Debemos por tanto expiar nuestras culpas con esta humillante derrota y hacer propósito de enmienda volviendo los ojos al Creador mediante una política católica y un sistema social cristiano. Esta lectura ramplona y alicorta basada en la «plaga» del «desastre» y sus consecuencias, va a permitir a la revista invitar a los españoles a unirse ante la adversidad bajo la advocación del Sagrado Corazón y a seguir las directrices marcadas por la Iglesia católica y sus hombres.

5.º) Complementando el punto anterior se nos presenta el capítulo de las responsabilidades concretas. Para *La Lectura Dominical* el verdadero culpable de todo es el liberalismo: liberales son los Estados Unidos y sus aliados; liberal el nefasto sistema que rige España y que le ha conducido a la ruina; liberales los periódicos «de gran circulación» que son los que más han engañado al pueblo con un sensacionalismo especulador y zafio; y liberales son, en fin, las soluciones que negocian y proponen los políticos para seguir mandando. Guerra, pues, al liberalismo, a sus instituciones<sup>13</sup> y a sus hombres, hasta acabar con un sistema basado en la inmoralidad y el desenfreno, en la injusticia y el desprecio de Dios.

Se abría así una larga etapa de luchas entre una sociedad civil ciertamente deteriorada y sin grandes expectativas a la vista, y un importante frente clerical e integrista consciente de su vulnerabilidad y falta de espacio político, pero muy influyente en el territorio de las conciencias y la educación. Hasta muy recientemente ambas fuerzas se han mantenido irreductibles y sin un lugar de encuentro posible.

<sup>13</sup> Dentro de las instituciones liberales, la prensa católica siempre ha incluido obsesivamente a la masonería, a la cual tenía por un arma secreta poderosísima. No obstante, al contar esta revista con una «Sección Antimasónica», creada a principios de 1897 *ex profeso* para atacarla, con la firma de Teodosio, son escasas las referencias que nos hemos encontrado en los «Artículos de Fondo».